



LUIS MALANCO.



LUIS MALANCO

Como una prueba de que la fecundidad no es el único título que tiene un escritor para ser conocido en el mundo de la literatura, vamos á ocuparnos hoy de nuestro amigo Luis Malanco; y basta que le llamemos nuestro amigo, para que se comprenda que hemos de tratarle como á *l'enfant gaté* de nuestro peine crítico, que siempre procuramos pasar con dulzura sobre la cabeza de nuestros escogidos, y el cual, si bien algunas veces produce sensaciones desagradables, eso depende de que inadvertidamente peinamos contra el pelo, que es como quien afeita para arriba, ó como el chico que usaba un cepillo para alisar al gato de su abuelita.

Luis Malanco ha escrito poco, pero todo con buena fe y, como dirían nuestros padres, concienzudamente; por-

que Malanco para escribir un artículo de dos columnas, consulta veinte libros, treinta periódicos, cuarenta folletos, cincuenta manuscritos; lo lee sesenta veces, lo corrige setenta, lo consulta ochenta, y vacila cien antes de publicarlo, y despues de estas operaciones que hacen de cada una de sus obras el resultado de más complicadas ocupaciones que las que se necesitan para hacer una aguja, el artículo ve la luz, y las gentes le leen con satisfaccion.

Apénas habrá ejemplo de un hombre cuyo carácter esté más en armonía con sus producciones, que Malanco.

Desde que Buffon dijo «el estilo es el hombre,» ya todo el mundo ha creído esto como un artículo de fe; y de seguro que los que leen á Fígaro, se figuran en Larra, no el sombrío suicida, sino una especie de polichinela diciendo chistes todo el día; y al través de los chispeantes y graciosos versos de Quevedo, se imaginan descubrir, no al austero teólogo cubierto con negro ropaje y con sus enormes gafas sobre la nariz, sino un calavera alegre, osado y decididor, como el famoso conde de Villamediana.

El estilo es el hombre; y sin embargo, el famoso Sheridan, el elocuente orador británico que asombró al Parlamento con sus profundas doctrinas de moral y de economía política, en la cuestion de las factorías inglesas en la India, era tan calavera, que mandaba pedir á una zapatería, para prueba, botas del pié derecho, y á otra del pié izquierdo, para completar un par y salir alegremente á la calle.

Caton asombra con la austeridad de sus doctrinas; su nombre ha pasado á la posteridad como la cifra de la virtud estóica, y sin embargo, César le probó, y los historiadores están conformes con César, que el severo censor adiestraba á sus jóvenes esclavas en los encantos del amor, á fin de sacar con ellas una renta que aumentara su capital, para el cual no echó en olvido ni la planchuela de oro de los dientes postizos de su hermano Cepion, que extrajo de las cenizas despues de la cremacion del cadáver, segun las costumbres romanas. Tambien este cuento es de César, y César no se paraba en nada al hablar en contra de sus enemigos.

Insensiblemente hemos ido á dar hasta Roma y hasta César, hablando de Malanco; pero este es uno de los efectos del magnetismo: Malanco ha estado de Secretario de la Legacion Mexicana en Roma, y ha hecho un viaje á Egipto, y nos ha escrito un artículo sobre el Nilo, y otro sobre Alejandría, recordando que los caballos de Julio César abrevaron en el rio sagrado, y que sus soldados quemaron la biblioteca de la ciudad fundada por el hijo de Filipo de Macedonia.

Malanco es igual á sus escritos: como sus pensamientos son para sus amigos, nunca escribe un artículo que no esté dedicado á alguno de ellos; y como siempre procura que en esos artículos haya alguna noticia curiosa y extraña, así procura tambien tener en su casa todas las curiosidades que puede.

Guarda en su museo unas piedras de Belem, y el general Riva Palacio dice que realmente son de Belem, porque se las regaló *Cristalito*. Guarda un frasco con agua del Jordan, y el mismo autor citado asegura que ese Jordan es el baño de caballos que está por el rumbo de las Delicias.

Conserva cuidadosamente tierra del Calvario, y el dicho autor agrega, que la recogió en su sombrero sobre la calle del mismo nombre, al Sur de la Alameda. Y la arena del desierto, que enseña con mucha satisfacción, es legítima del convento del Desierto de Carmelitas que está en Cuajimalpa.

Malanco lleva estas bromas sobre sus curiosidades, no sólo con tranquilidad, sino hasta con gusto, porque para él sus amigos son todo.

Malanco tiene un estilo peculiar. Difícil será describirlo, pero fácil de comprender con un ejemplo: supongamos que está hablando de México en el mismo tono que habló del Valle de Josafat ó de las Pirámides; entonces diría:

«México ha sido patriota con Juárez; mártir con Hidalgo; guerrero con Morelos; constante con Guerrero; orador con Pedraza; poeta con Quintana Roo; santo con Felipe de Jesús y con Bartolomé Gutierrez; festivo con Guillermo Prieto; pintor con Cabrera; escultor con Noreña; impresor con Cumplido; editor con Díaz de León; químico con Río de la Loza; astrónomo con Jiménez: Mé-

xico ha pensado con el cerebro de Zavala; ha cantado con la lira de Justo Sierra; ha escrutado los espacios celestes con Díaz Covarrúbias; ha reido del orgullo humano con Ramírez; ha levantado monumentos imperecederos con Tolsa; ha conjugado los verbos irregulares con Marroqui; ha profundizado la sintáxis con Rafael Ángel de la Peña; ha domado caballos salvajes con D. Ignacio Mejía; ha amodorrado á sus lectores con Vigil; ha protegido al marqués de Carmona con Emilio Velasco; ha convertido en chinampa el atrio de Catedral con Eugenio Barreiro; ha destrozado la Alameda con Bejarano; ha sido la última vela con Juan Mateos; ha crucificado el gusto arquitectónico en la fachada del Hospicio con Torres Torija; ha trasportado á sus calles los precipicios de los Andes con el Municipio; ha contrariado el *fiat lux* con Knight: en México ha vivido Humboldt; ha comido D. Carlos; ha dormido Grant; ha cenado la Ristori; ha roncado Tamberlik; ha ejercido sin éxito el Dr. Frimont; ha poetizado Zamacois; ha florecido Gerardo López del Castillo; se ha vigorizado el Dr. Peredo; ha deslumbrado Cantoya; ha encantado Alegría; ha tocado León; ha predicado el padre Davis; ha aterrorizado Guillermo Valle; ha curado Bianchi.

« Por aquellas amplias calles han pasado los gendarmes de Ugalde; en aquellas plazas se han estacionado los *simones* de Vanegas; en aquellos paseos han corrido los chicos de las escuelas municipales; en aquellos portales han

gritado los billeteros; en aquellas charcas han abrevado los burros de los indios y han cantado las ranas de los españoles; en aquellas torres se han parado los zopilotes; han repicado las monjas; han *doblado* los sacristanes; se han fortificado los pronunciados del tiempo de D. Anastasio Bustamante; han anidado las lechuzas; han ocultado su vergüenza los murciélagos: en aquellos canales transparentes han navegado los bergantines de Cortés; han naufragado las piraguas de Guatimotzin; han sido robadas las *trajineras* de Chalco; han lavado sus lienzos las vírgenes del barrio del Pipis; han humedecido sus capas los ensabanados de Xochimilco; han apagado su sed los perros del barrio de la Palma; han llenado sus cubetas los matadores del Rastro; han adobado sus pieles los curtidores del barrio de San Pablo; han resonado los bandolones de los días de campo; han flotado las abandonadas hojas de los tamales; han hecho un surco como la vía láctea los restos del pulque y del atole de leche; han nadado las cáscaras de tuna y de naranja, y se ha retratado una vez por siglo la imponente figura de un gendarme: en aquellos museos se conservan como reliquias santas una ténia de Vallarta; los cálculos hepáticos del Ministro Montes; una guedeja gris de Mr. Zamacón; unos lentes del senador Raygosa; la espesa cabellera del general Carrillo; el cráneo de Eduardo Garay cuando era niño; el cráneo de Eduardo Garay cuando era hombre; la pluma con que Rodríguez y Cos escribió

El Anáhuac; el tintero que usó Pizarro Suarez para escribir *El Monedero*; el papel con que Justo Sierra debió de haber escrito *El Angel del Porvenir*; un brindis que Alcaraz debió de haber pronunciado si Juárez hubiera vivido y hubiera dado un convite y le hubiera convidado el año de 1881; una colección completa de leyes que no se observan desde la independencia hasta la fecha.»

El estilo no estará muy bien imitado, pero él es.

Malanco tiene mucho de arabismo en sus escritos; por ejemplo, si habla del desierto, dice: los árabes le llaman *bahr*, que quiere decir: inmenso. Esto es muy útil y muy cómodo; una palabra árabe puede ser todo un calificativo ó una descripción lo más extensa que se desee.

Con ese sistema, si Malanco escribiera un viaje á México, tendría mucho que decir, y el árabe haría mucho papel en la descripción de la ciudad; verbí gracia:

«Llegué á México en la estación de aguas; las calles estaban llenas de lodo: á esto los árabes le llaman *ajamaz*, es decir, *pantanos urbanos*.

«Tomamos un coche de alquiler; los españoles y los mexicanos le llaman á esto *un simon*, los árabes le llaman *il-man-man-jan*, que significa: cajeta vieja tirada por mulas éticas.

«Pasamos cerca de un paseo; estaba desierto, tenía el aspecto de un cementerio de las ciudades de tercera clase de Egipto: los mexicanos le llaman *alameda*; los árabes, con su estilo elegante y figurado, le llaman *ma-jun-mah-*

juin, que quiere decir: *olvidada del municipio*: allí vimos unas fuentes de esas que en lengua oriental se llaman *kal-mon-lin*, que quiere decir: *siempre secas*.

«Sonó un reloj y dió las cinco; habríamos andado cincuenta metros cuando otro reloj llamó nuestra atención dando siete sonoras campanadas; poco después en otro reloj sonaron las cuatro y cuarto, lo que prueba que en esa ciudad cada reloj marca un tiempo particular. Los árabes le llaman á este fenómeno *Rablún jimelá*, que quiere decir: *descuido de los regidores*. . . .

«Después de comer salimos á dar una vuelta: había anochecido; largas hileras de faroles con una luz semejante á las de esas lamparillas que se usan en las alcobas, nos producían el efecto de una inmensa procesion de fumadores con su cigarro en la mano. Los árabes llamarían á este alumbrado *Domeil jaraú*, poética frase que quiere decir: moribundo pigmeo de quien se burlan las tinieblas. Sin embargo, á este alumbrado los mexicanos le llaman de gas, y los hijos del profeta le designan con el nombre de *jis-li-mi-nim*, equivalente á: Empresa que se burla del público, ó mejor dicho, á: público que se deja burlar por la Empresa.

«Comenzamos á caminar; cada dos pasos nos costaban un tropezon, y cada cuatro una caída. Ibamos por lo que los mexicanos llaman *banqueta*, y los árabes *braumo hum* que significa: escabrosidades en que peligró la existencia.»

Las comparaciones y las figuras poéticas forman el en-

canto de Malanco. No recordamos precisamente ningun trozo de sus escritos para citarlo, ni tenemos á la mano un ejemplar para sacar una copia; pero siguiendo el camino que nos hemos trazado, escribiremos algo en su estilo.

Supongamos que sigue hablando de su paseo en México; diría:

«A la mañana siguiente salimos á la calle: el cielo estaba azul y sereno como los rayos de luz que pasando al través de un zafiro, cayeran sobre el seno turgente y blanco de una odalisca. Algunas nubecillas de plata flotaban en aquella atmósfera inundada por los rayos brillantes del sol tropical, como el velo de una hurí arrebatado por los vientos perfumados del paraíso del Profeta. A cada paso tropezábamos con perros que no tienen dueño; que viven á expensas del público; que amenazan al transeunte; que se multiplican; que son como las moscas que cayeron sobre el Egipto cuando el Faraon rebelde impedía la salida del pueblo de Abraham y de Jacob y de Isaac y de Moisés y de Agar y de Ismael.

«Tal abundancia de perros vagabundos sólo la hemos visto en los barrios de Constantinopla, quizá porque aquí como allá, es desconocido el poder municipal, y los vecinos poco ó nada se cuidan de eso que en Francia se llama policía de seguridad, de salubridad y de ornato.

«México tiene algo de las ciudades semíticas, como Jerusalem, en lo abandonado y sucio de sus calles que re-

cuerdan los estragos de Tito. Se extraña la voluntad de Adriano y la iniciativa poderosa de Juliano el Apóstata para convertir en verdaderas vías públicas aquellas calles sinuosísimas que recuerdan el seco cauce del Cedron.

« Hay barrios de la ciudad abandonados por la mano protectora del municipio. Allí hemos visto una muchedumbre de séres desgraciados viviendo en la miseria, como los restos últimos del poderoso pueblo de Salomon despues del espantósimo sacudimiento de Juan de Guischala, Simon de Gioras y Eleazar, que trajeron sobre la hija de Sion las poderosas legiones de Vespasiano.»

Al leer nuestro artículo estamos seguros de que dirá Malanco: esto se llama en árabe, *ras-chis-blú-ji-lem*, que quiere decir: montaña de tonteras. Nosotros con humildad admitiremos la significacion y agregaremos, que sencillamente debian llamarle en el centro del Cairo, *zocodozoron*, es decir, cosas de Cero.

